

## Ideas éticas del marxismo

JULIANA GONZÁLEZ VALENZUELA

### 1

He tenido la fortuna de celebrar aquí mismo los setenta años, los ochenta y ahora los felices noventa años de vida de mi maestro, mi admirable colega y amigo, el doctor Adolfo Sánchez Vázquez.

Se festeja hoy una larga vida, signo de vitalidad, no sólo biológica sino particularmente ética. Celebramos ante todo la cualidad moral, intelectual y filosófica de esa vida: su excepcional sello de autenticidad, compromiso, entrega y radical fidelidad.

“La ética” de Sánchez Vázquez no esta sólo en sus escritos sobre moral, sino en su actitud señaladamente ética ante la vida, en su *ethos* o su modo de ser, de actuar, de filosofar, de enseñar, de luchar por sus propios valores y convicciones.

Se conmemoran, además, en este 2005, sus cincuenta años como profesor de esta Facultad y cuarenta de haber sido publicada una de sus obras más sobresalientes: *Las ideas estéticas de Marx*.

Celebramos nosotros, los mexicanos, el tenerlo en México (sesenta y seis años de estos noventa), desde su llegada en el *Sinaia* en 1939.

### 2

Para Sánchez Vázquez, sin embargo, como todos sabemos, el destierro no ha sido un simple “trastierro”, un cambio de tierras como lo consideró Gaos: es un perder la tierra y quedarse sin ella.

“El exilio es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza... El destierro no es un simple trasplante de una tierra

a otra... cortadas sus raíces no puede arraigarse... es la perdida de la tierra como raíz o centro... el desterrado no tiene tierra... está en vilo sin asentarse en ella... [siempre en vilo sin tocar tierra...].”

De modo significativo, sin embargo, este “estar siempre en vilo sin tocar tierra” contrasta radicalmente con la tierra firme, segura, inquebrantable y siempre prometedora que para Sánchez Vázquez ha significado el marxismo. Ha encontrado o reencontrado —en el ámbito de la filosofía, de la lucha política, del arte, de la vida universitaria, en el ámbito del anhelo total de justicia— otra raíz y otro centro de algún modo tan profundos, seguros y fuertes como la tierra natal. Hunde entonces sus raíces en el marxismo como es esa otra patria o “matria” que él vive como teoría y praxis con una convicción y una seguridad indestructibles.

### 3

No obstante, esta convicción y esta seguridad son inseparables en Sánchez Vázquez de un empeño expreso e incansable por trascender todo posible dogmatismo. Así lo reconoce Ferrater Mora cuando define el de Sánchez Vázquez como un “marxismo abierto renovador y no dogmático [que rechaza toda Interpretación unilateral].”

No podría ciertamente ser filósofo sin el espíritu crítico y sin el oficio imprescindible del razonamiento y la argumentación; sin el afán inmovible de objetividad.

El propio Sánchez Vázquez afirma: “el modo de asumir, exponer y defender una posición determinada... no puede hacerse dogmáticamente... Nada puede sustraerse a la crítica, a la argumentación racional o a la fundamentación objetiva, o a la discusión o confrontación libres”.

El no dogmatismo se hace particularmente expreso por un lado, en su permanente acudir a la obra misma de Marx, de penetrar en ella, de pensarla y repensarla, poniéndola al día, reconociendo sus límites, sometiéndola a revisión y autocrítica. Y por otro lado, abriéndose a las diferentes expresiones filosóficas, en pos de su análisis crítico y de su contrastación con el marxismo, sin dejar de hacer justicia a las otras posiciones. En el orden personal, esto se hace expreso precisamente en

su capacidad de amistad y respeto por los que piensan distinto y van por otros caminos.

Se trata ciertamente de una actividad filosófica incesante que da muestras de un trabajo destacadamente serio y comprometido, de una vida puesta al servicio de aquello que es a la vez convicción e ideal, reflexión y participación, militancia.

A juicio de Sánchez Vázquez, la tesis XI sobre Feuerbach (“Basta de contemplar el mundo, hay que transformarlo”) enuncia la médula misma del marxismo y con ella la categoría de praxis.

El marxismo es una filosofía de la transformación del mundo y el hombre mismo es ante todo el ser de la praxis, de la acción transformadora. Queda atrás toda idea de la filosofía como mera teoría o especulación, abstracta y desvinculada de la realidad social, política y económica en que discurre en concreto la vida humana; la filosofía marxista, por el contrario, se asume a sí misma en el compromiso práctico en la transformación social, política y económica hacia un mundo sin clases.

Villoro ha destacado el hecho de que Sánchez Vázquez busca compaginar los dos cauces fundamentales del marxismo por lo general vistos como antagónicos. Por un lado, la línea discursiva del marxismo científico, el de la economía política, de la teoría verdadera que ve la historia como el proceso necesario regido por leyes objetivas e impersonales. Y por otro lado, la del marxismo humanista, del discurso crítico y libertario, del clamor por el ideal y la utopía, expresado por las personas concretas. Ambas perspectivas no sólo estarían imbricadas sino que pueden ser compatibles para Sánchez Vázquez de modo que, para él, el socialismo será el proyecto histórico necesario y al mismo tiempo posible y deseable, aun como ideal y como utopía.

“Condición necesaria para que los hombres —no hay otros sujetos— hagan o produzcan el socialismo, es también la conciencia de que el socialismo es algo (no tengamos miedo en llamarlo un ideal) por cuya realización hay que (se debe) luchar”.

Celebramos hoy, reitero, la longevidad y la ejemplaridad de la vida de Sánchez Vázquez. Nos admiramos de la entereza moral, de la fortaleza de sus convicciones, de la heroicidad incluso con que, en particular, ha permanecido de pie en medio del derrumbe del llamado “socialismo real”: nos asombramos de su capacidad de mantener vivas, renovadas y reavivadas, su certidumbre y su esperanza a pesar de los fracasos, traiciones y decepciones que trajo consigo la supuesta realización del socialismo; de permanecer atado a su mástil librando tormentas, seducciones y naufragios.

Sin duda Sánchez Vázquez ha tenido que asimilar e incorporar la experiencia negativa, reconociendo el inequívoco fracaso del socialismo real. Pero de inmediato se ha concentrado en la necesaria distinción entre el estalinismo y el socialismo, entre lo que ha sido “real” de lo que es el “verdadero” socialismo, no realizado sino traicionado en su pretendida realización fáctica, rescatando la vigencia del proyecto socialista, aun como proyecto a realizar.

[...] muchas verdades se han venido por tierra... esperanzas desvanecidas, deseos frustrados, ideales traicionados, muchos derrumbes y no obstante...

Hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible. Sigo convencido asimismo de que el marxismo —no obstante lo que en él haya de criticarse o abandonarse— sigue siendo la teoría más fecunda para quienes estamos convencidos de la necesidad de transformar el mundo.

[...] Aunque haya en el camino retrocesos, obstáculos y sufrimiento.

Indisolublemente ligada a la fortaleza moral que distingue su vida y su persona ha estado en Sánchez Vázquez su preocupación filosófica por la ética y el ámbito de la moral. Preocupación que ha dado lugar a varios capítulos o pasajes de su obra y, en especial, a la redacción de su conocido libro de texto para la enseñanza de la ética en el nivel de bachillerato, que hasta su edición de 2003 llevaba sesenta y cuatro impresiones.

El libro *Ética* surge, según lo hace expreso reiteradamente su autor, por inspiración del movimiento del 68, de esa juventud que irrumpía en la historia demandando otros valores, buscando transformar el mundo existente, dando —a pesar de su “espontáismo”— una significativa lección moral a la sociedad.

Es en ese momento histórico, y en México, cuando Sánchez Vázquez percibe la exigencia de que esa juventud cuente con el texto de una nueva ética, distinta de tantos y tantos textos alejados de la realidad histórica y social, o bien de los propios manuales marxistas en los que la moral queda por completo subordinada a la política, encapsulados dogmáticamente en la mera prédica partidista; escritos en los que priva una visión acrítica, mecánica y reduccionista del propio marxismo para la cual, por ejemplo —como lo afirma Lenin, citado por el propio Sánchez Vázquez—, “la moral revolucionaria es la moral que sirve a la revolución”.

El éxito que ha tenido el libro de texto de Sánchez Vázquez se debe, según su autor, a la nueva forma de tratar los problemas morales. Expresamente se adopta en él una posición y se comunica con singular vehemencia con la explícita intención de superar el eclecticismo y las posiciones medrosas o vergonzantes que —dice el autor— confunden a los alumnos, en vez de comunicarles la necesidad de tener “una posición franca y decidida” de que sean capaces de la “afirmación plena de su convicción más íntima”, en contraste con la mera aceptación de lo externo o la adaptación convencional. El texto de *Ética* busca en concreto —como también se asevera en él— “impulsar las vías de una transformación política y social”. Pero todo ello no como expresión de “doctrinarismo o partidarismo a ultranza”. En su libro *Ética*, así como en sus cursos y conferencias, Sánchez Vázquez busca transmitir, ciertamente, la misma seguridad de sus convicciones y de sus esperanzas.

Acaso una consideración crítica del libro de texto pueda señalar límites a su propósito de salvaguardar la fundamental especificidad e irreductibilidad de la dimensión ética de la existencia humana, de ocurrir más allá del partidarismo, de la proclama ideológica y dogmática. Pero tal visión crítica no puede desdeñar lo que el marxismo de Sánchez Vázquez supera y avanza en estos aspectos ni el hecho mismo de que la crítica, la discusión y la confrontación con las otras ideas y posiciones forma parte de lo que él mismo promueve.

## 5

Entre las ideas *éticas* de Marx y del marxismo que Sánchez Vázquez desarrolla, tanto en su libro de texto como en otros ensayos, y a las que yo quisiera muy brevemente prestar atención, estarían:

1o. Su distinción entre ética y moral, desde la cual se reconoce la índole filosófica de la ética como teoría de las morales, como filosofía moral, a la vez que su *no neutralidad* absoluta, y en consecuencia, su capacidad de proponer valores —aunque no escape del todo a la ideología. Y tratándose de las morales, su evidente pluralidad y, con ella, su carácter histórico y concreto, no formal ni universal.

2o. La necesidad de atender a los hechos morales en su concreción histórica y social implica verlos en sus condicionamientos económico, político y social; de reconocer, en suma, la función ideológica de la moral, que como parte de la superestructura sirve a los intereses de clase.

“Es forzoso destacar aspectos silenciados por completo en las éticas tradicionales, como son los factores sociales de la realización moral (relaciones económicas, estructura política y social y superestructura ideológica de la sociedad”).

3o. Al mismo tiempo, la ética de Sánchez Vázquez se asienta en el reconocimiento de *la especificidad de lo moral*; en el hecho de que ella remita a los individuos concretos, a su conciencia y a su libre asunción de los valores y los deberes.

Éste que es en general el gran reto de la filosofía marxista en tanto que filosofía: dar razón de la especificidad e irreductibilidad, de la autonomía, por relativa que sea, del reino humano de la cultura: del arte, la ciencia, la moral, la filosofía misma.

La moral se define por ser convicción interior y autodeterminación. Y para Sánchez Vázquez, como ya se apuntaba, deben complementarse la moral y la política. Cuando ésta prescinde de la moral se desemboca en una concepción meramente realista y eficaz de la política, como justo ha ocurrido en el socialismo real. Aunque tampoco se trata de afirmar una moral sin política para la cual, dice Sánchez Vázquez, hay que salvar los principios aunque se hunda el mundo. Debe haber una interdependencia de ambas.

4o. El marxismo de Sánchez Vázquez reconoce, en efecto, esa “autonomía relativa” de la superestructura histórica, así como la validez, y hasta la posibilidad de universalizarse, que pueden tener muchos valores gestados históricamente, como son los que él expresamente menciona —identificándolos con los valores de una genuina “izquierda”: dignidad humana, igualdad, libertad, democracia, solidaridad y derechos humanos...

A la mencionada dualidad de perspectivas del marxismo entre el orden de la necesidad histórica del proceso económico-político y el de la libre y consciente proyección al ideal, corresponde la tradicional distinción entre hechos y valores, los cuales también son para Sánchez Vázquez susceptibles de compaginarse —más allá de la “guillotina” de Hume o la falacia naturalista de Moore.

La ética estaría, naturalmente, en la esfera del valor y del discurso “justificativo” que Sánchez Vázquez busca conciliar con el de hechos o “explicativo”, sin que se pierda la ya aludida especificidad. Se trata de superar la distinción entre juicios de valor y juicios de hechos y, como afirma también Villoro, “en la literatura en lengua española Adolfo Sánchez Vázquez presenta una versión de esa estrategia interpretativa”.

Reconocer así que la conciencia moral constituye un factor causal del proceso de transformación abre la posibilidad de articular la política con la moral y de delinear los rasgos de la nueva moral marxista...

Los fundamentos de la teoría marxista de la moral se encuentran para el autor del texto de ética en la teoría marxista del hombre, misma que se traza con cuatro rasgos principales:

- El hombre como ser real es para Marx, en unidad indisoluble, un ser espiritual y sensible, natural y propiamente humano, teórico y práctico, objetivo y subjetivo.
- El hombre es el *ser de la praxis*, de la acción del trabajo, de la producción y la creatividad. Su capacidad de transformar la naturaleza y crear un mundo humano.
- El hombre como *ser social* se hallan entramado en las relaciones de producción, base de las otras relaciones.
- El hombre como *ser histórico* es el hombre económico-político social, que cambia conforme a leyes, por contradicciones internas,

en marcha ascendente y de acuerdo con un proceso “objetivo e inevitable, pero no fatal” —como lo expresa Sánchez Vázquez.

## 6

La *nueva moral marxista* surgiría evidentemente de la abolición de la sociedad dividida para lograr ser la moral verdaderamente humana y universal en la que se realiza “el hombre nuevo” que corresponde al hombre total pensado por Marx. La moral que en verdad da cumplimiento a lo que el hombre esencialmente es. Esta nueva moral apunta hacia la moral verdaderamente universal que ya no responde a intereses particulares: la moral universalmente humana.

## 7

Pero ha de insistirse: la meta de la nueva moral no adviene por sí sola de manera indefectible y mecánica: es al mismo tiempo lucha moral por ella; la moral misma es factor decisivo que interviene también en la transformación radical de la sociedad —como se ha dicho. El hombre debe tomar conciencia, y hacerse partícipe como sujeto activo en el proceso transformador, y esto constituye un imperativo moral y deber ser supremo, pues hay que evitar que la historia “pueda tomar otro curso si el hombre no actúa conscientemente como sujeto de ella”.

Repitamos lo dicho por Sánchez Vázquez:

“Hoy estoy más convencido que nunca de que el socialismo sigue siendo una alternativa necesaria, deseable y posible. Sigo convencido asimismo de que el marxismo —no obstante lo que en el haya de criticarse o abandonarse— sigue siendo la teoría más fecunda para quienes estamos convencidos de la necesidad de transformar el mundo”.

Con este mensaje vivo y esta apuesta por un mundo mejor llega Sánchez Vázquez a sus noventa años. Felicidades, doctor, por la integridad con que ha vivido “sus trabajos y sus días”.